
LECTIO DIVINA

XII Dom, Ciclo 'C' - Lc 9, 18-24

Juan José Bartolomé, sdb



Es usual en Lucas preparar con tiempos de oración los momentos decisivos del ministerio de Jesús. Esta vez Jesús pregunta a sus discípulos sobre su identidad, obligándoles a tomar partido en público; contrasta el interés de Jesús por la opinión pública, que era habitualmente de poco interés: quiere que los suyos se sientan doblemente cuestionados por él: les pregunta que piensan de su persona.

Lograda una respuesta no muy satisfactoria, Jesús se les presenta. Tras la confesión de Pedro, les anuncia que debe morir para ser lo que ellos dicen que es; ellos no contaban con eso; corren siempre el riesgo de imaginar a su Señor como mejor les conviene, como más lógico les parece. Quien quiera seguirle, ha de saber que le espera la cruz. La escena anuncia el camino que piensa recorrer Jesús e indica, con no menos claridad, el que ha de recorrer el discípulo que desee serle fiel: les pide compartan la oración y la intimidad con Él para conocerle más y mejor. Este conocimiento implica para los discípulos aceptar la cruz, la de Jesús y la propia, para llegar a la seguridad de estar en comunión con Él.

Seguimiento:

- 18. Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?»**
- 19. Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas.»**
- 20. Él les preguntó: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» Pedro tomó la palabra y dijo: — «El Mesías de Dios.»**
- 21. Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie.**

- 22. Y añadió: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día.»**
- 23. Y, dirigiéndose a todos, dijo: «El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo.»**
- 24. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará.»**

I. Lectura: entender lo que dice el texto

Antes de tomar la decisión de ir a Jerusalén, “una vez llegado el tiempo de su partida de este mundo” (Lc 9,51), Jesús se dedicó a preparar a sus discípulos (Lc 9,1-50): una primera y exitosa misión de los doce (Lc 9,1-6) había suscitado perplejidad en Herodes (Lc 9,7-9) y en la multitud, tanto que quisieron seguirle (Lc 9,10-10). El Maestro aprovechó la ocasión para alimentarlos con su palabra (Lc 9,11) y con el pan, milagrosamente multiplicado (Lc 9,12-17).

Estando Jesús a solas con sus discípulos, los interrogó: quiso saber qué se decía sobre Él (Lc 9,18) y qué era lo que ellos pensaban de su persona (Lc 9,20). Su estancia en Galilea estaba llegando a su fin; el cuestionamiento a sus más allegados tenía por objeto ayudarlos a tomar conciencia de lo que Jesús estaba haciendo, cuál era su misión.

Era obvia captar lo que Lucas trata de acentuar con su narración. Presenta a Jesús haciendo oración, acompañado de sus discípulos, y deja ver qué interés tenía el Señor al preguntarles a sus discípulos que se decía de Él. Marcos y

Mateo situaron este acontecimiento en Cesarea de Filipos (Mc 8,27; Mt 16,13), Lucas la enmarca en un momento en el que Jesús estaba solo y haciendo oración.

El tercer evangelista suele vincular los momentos críticos del ministerio de Jesús con un tiempo de oración (Lc 3,21; 5,16; 6,12; 9,18,28-29; 11,2; 22,41.44-45; 23,46). No es indiferente que Jesús examine a sus discípulos mientras hablaba con Dios: estas preguntas no fueron simple curiosidad; no quería saber qué se pensaba de Él; hizo de ese momento un acto de piedad para con su Padre, y Padre de sus hermanos, los hombres y mujeres de su tiempo.

El interrogatorio se redujo a dos preguntas: ¿Qué pensaba la gente (Lc 9,18) y lo que decían los discípulos de su persona? (Lc 9,20). El orden de las cuestiones no fue fruto de la casualidad. Los discípulos debían saber lo que se decía del Maestro y fueron transparencia de la confusión que se vivía en relación a su persona y a las obras que hacía. No sabían quién era ni qué tenía que hacer, pero sí tenían grandes

expectativas respecto al mesianismo que habían esperado por años.

El pueblo veía a Jesús relacionándolo con las figuras significativas para el pueblo (Lc 9,19). Pedro, respondiendo en nombre de los demás, confesó que veían en Él al Mesías esperado (Lc 9,20).

Sorprende la terminante prohibición que les hizo Jesús de no decir a las demás personas lo que ellos estaban descubriendo. Pero y su palabra fueron silenciadas por el Maestro.

Este discípulo había acertado al confesarlo como el Mesías, pero no sabía en ese momento cómo iba a terminar su mesianismo. Jesús le pidió guardara silencio en lo que se refería a su persona.

Aceptemos el proyecto que Dios tiene; Él sabe qué es lo que mejor conviene para que su obra se realice en nuestra vida.

Quien no piensa como Dios – quien no acepta su plan de salvación, – no puede confesar a Jesús como su Señor, como ‘el Mesías verdadero’ (Lc 9,22).

¡Y eso no es todo! Lucas anota que la última advertencia la dirigió Jesús a quienes lo escuchaban (Lc 9, 23-24). Hizo la proclamación de lo importante que era querer seguirlo: ‘Si alguno quiere’... El Maestro puso sus condiciones, que eran muy fáciles de seguir: ‘Negarse a sí mismo, cargar su cruz., la de Jesús, que acaba por ser de quien tiene el valor de ir con Él’.

La cruz, de la que no se salva ni el Mesías de Dios, ni sus seguidores, no es de libre elección: es la garantía de que tanto el Maestro, como quienes se hacen sus discípulos, la abrazan como Él lo hizo.

II. Meditación: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

Los discípulos fueron seguramente los primeros en sorprenderse ante la doble pregunta que Jesús les hizo. Habían caminado con Él recorriendo toda la Galilea, presenciando sus milagros, oyendo sus discursos, compartiendo su trabajo y su descanso. Lo iban conociendo; la convivencia los fue familiarizando con el Maestro y se fueron haciendo una idea de su persona y de las intenciones al presenciar lo que hacía y al escucharlo predicar. Fueron capaces de seguirlo, dejando lo que tenían.

Los discípulos se habían interesado por Jesús, le preguntaban; querían saber qué pensaba, pero no creían que Jesús se interesara por saber la opinión que circulaba entre la gente sobre Él, ni mucho menos, que quisiera saber lo que ellos pensaban de Él.

- **El interés personal por Jesús, el saberlo ‘enviado por Dios’, debería hacernos capaces de despertar en quien está con nosotros interés por su persona. Quiénes nos están cerca, tendrían que compartir el conocimiento y el amor que tenemos al Maestro; si estamos entusiasmados por Él, tenemos que contagiar ese entusiasmo; quien es buen discípulo, trata de que todos los que están con él, lo sean y así la fe en Jesús se va extendiendo más y más.**

Si los que están con nosotros tienen poco interés por Jesús, ¿no será por el poco aprecio que le tenemos y lo poco fundamentada que está nuestra fe en Él y en lo que Dios le ha encomendado? Si le amamos de verdad, nos tiene que doler la indiferencia que reina a nuestro alrededor en relación a quién es Él y lo que quiere de nosotros.

Si somos discípulos de Jesús, podremos responder a las preguntas que traspasan el tiempo y las distancias: ¿Quién es Él para nosotros y para los que tenemos cerca?

Jesús no les preguntó su opinión a las personas, sino a los suyos, a los que estaban cerca de Él. Con ello les dio una gran lección, que sigue siendo de actualidad para todos: Interesarse por el Señor sin interesarse por lo que piensan los otros, no es digno de quien dice ser discípulo suyo.

- **Mientras nos intereseamos por lo que los demás dicen de Cristo, nos seguirá interesando Él, su persona y su doctrina; es la indiferencia del discípulo la causa de que se silencie al Maestro en nuestro mundo. Si nuestro modo de vida, mejor que nuestras palabras, logran cuestionar los modos y las modas que viven nuestros contemporáneos y les hiciéramos la misma pregunta que Él hizo, seríamos los discípulos que Él necesita para seguir extendiendo su Evangelio.**

No basta con saber la opinión de la gente: los discípulos históricos de Jesús tuvieron un día que responder personalmente ante Él. Más tarde o más pronto, quizá se tiene que responder esa pregunta: ‘Ustedes, ¿quién dicen que soy yo? ¿Quién soy para ustedes?’ Esta pregunta, además de la convivencia que podemos tener por ser de una comunidad donde Él es reconocido nos pedirá responder como lo hizo Pedro.

Todo cristiano ha quedado invitado por Jesús a decirse a sí mismo y al mundo en el que se mueve, quién es Cristo Jesús; si le importa, si lo quiere de verdad lo hará por todos los medios posibles. Sin responder a esta pregunta, tan personal, tan comprometedora, el discípulo de Jesús realmente está jugando dos papeles...

Quien escucha esta pregunta del Maestro, tiene la certeza de que el Maestro lo toma en serio, y que su opinión cuenta para Él. El cristiano que sabe que Dios le pide su opinión, tiene la feliz oportunidad de responderle. Si su opinión, si su postura personal le ha importado a Dios, es señal de que Él cuenta con su persona, con lo que es y con lo que hace, y, sobre todo, con lo que puede ser y hacer en el mundo para que éste sea más y más cristiano.

Pero eso lo llega a saber quién se sabe cuestionado por Dios, quién lo conoce y puede decir quién es Él. Tomar postura. DEFINIRSE ES LA ACTITUD QUE DISTINGUE AL VERDADERO DISCÍPULO.

- **Definirnos ante el mundo como cristianos, decirnos a nosotros mismos y a los demás quién es Jesús para nosotros, es prueba de que Dios cuenta en nuestra vida y que nuestras actitudes despiertan inquietud y el seguimiento en quienes nos tratan. Pero si no damos testimonio de Jesús en nuestra sociedad, es señal de que también es prueba de que nos hemos alejado de Él; declararnos a su favor nos hará conocer que Dios se ha declarado primero a favor nuestro.**

La fe en Dios se mantiene dejando ver que hemos optado por Él, que importa que los demás lo que Él ha hecho por el cosmos. El discípulo que hoy sabe que tiene que dar testimonio de Jesús no puede sentirse dejado de Dios: quien cuenta su opinión, cuenta con Él.

- **Debemos testimoniar a Jesús públicamente. Él pidió a cuantos le acompañaban que se definieran, que le dijeran qué sentían y qué habían descubierto de su persona.**

III. ORAMOS nuestra vida desde este texto:



*Dios Bueno, haznos capaces de dar razón de nuestra fe en ti,
que eres nuestro Padre, nuestro Salvador y nuestro Santificador.*

*Que nos intereseamos cada día más por Ti y lo tuyo, que comulguemos en
intereses contigo, que te has interesado por nosotros.*

Te pedimos que haya muchos y verdaderos discípulos tuyos;

que al conocer tu Misterio, lo vayamos viviendo.

Que descubramos el valor de la cruz,

y la abracemos, aunque nos cueste.

Que no nos confunda el mundo y sus falsas propuestas.

No dejes que nos acobardemos ante las exigencias de tu seguimiento.

Que como tu Hijo Jesús y Hermano nuestro, sepamos ir cuesta arriba,

a donde Tú nos estás esperando, para darnos vida, y dárnosla en abundancia.

María, haznos capaces de abrazar la cruz,

como la abrazó tu Hijo y que vivamos amándolo

cada día más.

Amén.